

# CONFLICTO ATLANTICO SUR

## REFLEXIONES

Francisco Ghisolfo Araya  
Contraalmirante

ε

1 conflicto bélico que se desarrolló hace algunos meses en el Atlántico sur es un tema que invita a la reflexión.

En especial, debiera ser profundamente meditado por los gobernantes y por quienes tienen -en general- la responsabilidad de la conducción de las relaciones internacionales. La crisis anglo-argentina es un hecho grave y trascendente para la convivencia entre los países sudamericanos. Los sucesos allí ocurridos nos llevan a la triste conclusión de que la política internacional más que nunca está basada en el poder y menos en la moralidad y la justicia.

La ofensiva argentina y la consiguiente reacción británica constituyen un categórico mentís para quienes siguen pensando que los conflictos entre las naciones se resuelven mediante conversaciones diplomáticas o en el seno de los organismos internacionales. Ello sería válido si imperase la cordura, pero no debemos olvidar una trágica realidad histórica interpretada por Clausewitz, que hace de la guerra sólo una forma más

enérgica de expresar el pensamiento político. Lo es, asimismo, para quienes suponían que esta parte del globo estaba ajena a los avatares de la guerra. La guerra no declarada entre Argentina y el Reino Unido llevó a unos y a otros a constatar bruscamente que a la postre el conflicto se resolvió por medio de las armas y se impuso el más fuerte.

Las Islas Falkland o Malvinas -junto a las Georgias del Sur y Sandwich del Sur, todas ellas en poder del Reino Unido desde comienzos del siglo pasado- constituyen un objetivo político para ambos Gobiernos, dado el valor estratégico, las posibilidades económicas e importancia política que revisten.

La ubicación geográfica y configuración de ellas permiten emplear algunas de las mencionadas islas para apoyar fuerzas navales importantes que, operando desde esa posición estratégica, puedan controlar el tráfico marítimo que fluye desde los Océanos Índico y Pacífico hacia las potencias del mundo occidental. Este movimiento marítimo, ya importante en tiempo

de paz por la estrechez de los Canales de Suez y Panamá para las naves de gran tamaño, ante un eventual cierre de estas vías llegaría a ser vital para Estados Unidos y sus aliados en una confrontación armada con la Unión Soviética. Los soviéticos así lo han comprendido y han establecido las bases necesarias para emplear sus fuerzas aeronavales desde las costas africanas, para interrumpir este tráfico cuando su estrategia lo requiera. También lo apreciaron los norteamericanos cuando vislumbraron la posibilidad de que sus aliados ingleses perdieran dicha posición.

Por otra parte, el espacio marítimo enmarcado por estas islas contiene riquezas que, aunque no prospectadas suficientemente ni cuantificadas a la fecha, son potencialmente importante en cuanto a recursos renovables y no renovables: la pesca abunda, como asimismo los nódulos metálicos, y los depósitos de petróleo bajo el lecho marino serían superiores a los existentes en el Mar del Norte. Además de ello, por su proximidad y proyección sobre la **Antártica**, constituirán un sólido argumento para quien ostente su dominio cuando el continente blanco sea abiertamente disputado al término del Tratado Antártico.

Por todo lo anterior, las islas en referencia han concitado el interés de Argentina en los últimos decenios.

Oportuno es recordar que las Islas Falkland fueron descubiertas por un inglés a fines del siglo **xvi**, y que a pesar de ser disputadas inicialmente por los españoles e ingleses lo cierto es que permanecen

en poder del Reino Unido desde 1833. Los argentinos han presentado reclamos de soberanía en distintas épocas, abogando proximidad y herencia del derecho de propiedad de España. El Gobierno británico siempre desestimó tales reclamaciones, por carecer de fundamentos legales e históricos. No obstante, ha mostrado buena predisposición para negociar y ha hecho concesiones al Gobierno argentino.

Los logros obtenidos no han sido considerados suficientes por Argentina, así como el lento desarrollo de las negociaciones. Siguiendo el pensamiento de Clausewitz optó por expresar con más vigor sus pretensiones políticas fortaleciendo sus Fuerzas Armadas, que llegaron a ocupar un lugar preponderante en **Sudamérica**, para luego emplearlas en la coyuntura bélica con los resultados ya conocidos. La ocupación de las islas por la fuerza llevó a Argentina al enfrentamiento con el Reino Unido, conflicto que aunque limitado en el tiempo, en el espacio y en el esfuerzo, tuvo consecuencias desastrosas para aquel país, la unidad americana y la cohesión del mundo libre frente al enemigo común.

Aparentemente, una mala apreciación de la situación llevó al Gobierno argentino a la ocupación de las Islas Falkland. Supuso -tal vez- que el Reino Unido no reaccionaría en los mismos términos, en razón de su lejanía, su ostensible reducción del poder naval y la aparente indiferencia en cuanto al valor atribuido a la posesión de dichas islas. Olvidaron -acaso- que excepción hecha de la emancipación de Norteamérica, el Reino

Unido no ha permitido nunca la independencia de sus dominios por la fuerza y menos que le arrebatan alguna de sus posesiones; por otra parte, que Mrs. Thatcher -como Primera Ministra- ha evidenciado poseer la fuerza de carácter y voluntad para no dejarse amilanar por la violencia. No olvidemos que no la intimidó la huelga de hambre que costó la vida a varios irlandeses. La reacción británica no se hizo esperar y tras una corta lucha, pero con cientos de vidas humanas y cuantiosas pérdidas materiales por ambos bandos, las islas volvieron al Reino Unido.

Argentina no fue el único perdedor en este desafortunado encuentro bélico. La solidaridad hemisférica resultó también seriamente dañada. Argentina no obtuvo el consenso requerido cuando solicitó la aplicación del Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca; y no, podría haber sido de otra manera. Si bien es cierto que algunos países solidarizaron abiertamente con la causa argentina, con distintas motivaciones, el TIAR no operó y la mayoría de los países observó -de hecho- la neutralidad. Esta abierta discrepancia y la actitud de Estados Unidos trizó seriamente el tratado, que costará mucho recomponerlo y mucho más suscribir uno nuevo.

La posición de Estados Unidos es comprensible. Fracasada su postura mediadora no le quedó otra alternativa que apoyar al aliado más confiable, dada la importancia estratégica de las Islas Falkland para su propia seguridad. No hay duda de que en esta decisión pesaron las continuas disidencias argentinas en favor de la Unión Soviética, en distintos acuerdos propuestos por Estados Unidos.

Por otra parte, la alianza occidental también se vio afectada. En primer término, el enfrentamiento de dos países del mundo libre -equipados con armamento de manufactura occidental- dejó en evidencia las bondades y defectos de los diversos sistemas de armas. En segundo lugar, por solidaridad con el Reino Unido, los países de la OTAN fueron arrastrados a adoptar medidas restrictivas contra el Gobierno argentino, que afectaron económicamente a unos y a otros; por tanto, apenas superada la crisis dichas medidas comenzaron a ser levantadas unilateralmente con la misma prontitud con que fueron impuestas.

Lo anterior lleva a concluir que los conflictos internacionales -por pequeños que sean- pueden desencadenar una guerra por la sola voluntad de uno de los Gobiernos involucrados. El comienzo del conflicto puede preverse y manejarse, pero es imposible predecir su desarrollo y menos su desenlace. El contrincante más fuerte termina por imponerse, esté o no la justicia de su parte. El apoyo de la comunidad internacional estará supeditado a sus propios intereses y no a declaradas amistades. Las organizaciones internacionales actuarán conforme a los intereses del grupo dominante; de tal modo, que un país que no es capaz de defenderse por sí mismo no puede esperar que otros lo hagan por él, que reconozcan sus derechos y -tal vez- ni siquiera que respeten su derecho a existir.

El viejo aforismo romano: *si vis pacem, para bellum* (si quieres la paz,

prepárate para la guerra), adquiere plena validez en el presente. Parafraseando el pensamiento de Ortega y Gasset en *La Rebelión de las Masas*, debemos reconocer que si el prepararse adecuadamente

para la guerra representa un enorme esfuerzo económico, éste se justifica plenamente ante el enorme costo de un conflicto bélico y sus catastróficos efectos.

